

## UNA AVENTURA INCREIBLE Y UN CASO LAMENTABLE

### I

Las imaginaciones ricas y brillantes de todo sacan partido: a la manera de lentes poderosos, reúnen en un solo foco todos los rayos de luz y calor, e iluminan e incendian, si es preciso, cualquier objeto por insignificante que sea. El popular Lamartine, por ejemplo, con su entusiasmo de poeta, donoso estilo, elegante suavidad de lenguaje, y mil otras prendas, naturales y adquiridas, con que fue privilegiado, sabe pintar la escena más trivial, el suceso más pueril, con una gracia tal y con colores tan vivos que seduce y cautiva a sus lectores. En sus viajes hace descripciones risueñas o pomposas, apacibles o melancólicas, de cosas que, si se viesen solamente con los ojos de la cara, y tales cuales son en sí, no se encontraría tal vez mucha semejanza entre la descripción y el objeto real. Todo se le hace un monte, como se dice vulgarmente, aun el más humilde collado; y las cosas más comunes de la naturaleza toman bajo su pluma las bellas proporciones artísticas que les dan su lente poético, y el velo color de rosa con que las cubre.

Si el famoso autor del *Viaje a Oriente* viniese a nuestras soledades de América y viese su portentosa vegetación, nuestras colosales cordilleras, nuestras estrepitosas cataratas, nuestras palmas, ceibas y bejucos y todo el lujo de nuestras selvas vírgenes; si descubriese desde una eminencia esos interminables llanos donde hormigean ganados sin dueño, y donde el sol nace y se pone como en el mar, ¿qué diría, qué escribiría, qué pensaría?....

Estas reflexiones hacía yo mirando los enormes árboles de la montaña por donde, a paso de procesión, íbamos desfilando en nuestras mulas, dos compañeros de viaje y yo, que, silenciosos, nos dirigíamos al caer de una hermosa tarde hacia el pueblo de Suaita, para

mi de gratisima e indeleble memoria. Cada uno de los otros viajeros irfa probablemente engolfado en sus propias meditaciones, supuesto que ninguno hablaba, y que, medio acostados en la silla, dejaban que las mulas pujasen tan recio como en conciencia lo exigían los accidentes del camino, el calor que se levantaba de la tierra a aquella hora, y la fatiga producida por un sendero fragoso y lleno de tremedales.

Todos guardábamos caluroso silencio, como digo, unos con las ruanas quitadas, otros haciéndose arie con los sombreros, cuando de repente el que llevaba la vanguardia, que era nuestro amable guía en aquellas asperezas, detuvo las riendas a su macho, hizo un cuarto de conversión sobre la silla, y apoyando su mano izquierda sobre el anca de la bestia, dirigióse a nosotros, y con semblante grave y voz solemne nos dijo:

—¿Ven ustedes este precipicio?

En efecto, nos hallábamos en aquel momento en uno de esos desfiladeros por donde apenas habrían podido pasar cómodamente los reyes magos de los *nacimientos* o *pesebres*: a la derecha, rocas calizas estratificadas; enfrente, enormes escalones o saltos de piedra natural —como decía el chapetón— y por los cuales hablan de trepar nuestras mulas a pie —como decía el mismo—; y a la izquierda, oculto por la maleza, un abismo espantoso y casi perpendicular, de hasta ochenta metros, según calculamos allí a ojo de buen cubero, y según nuestro leal saber y entender. La sorpresa nos hizo abrir la boca y los ojos, que era todo lo que por entonces podíamos abrir; las mulas pararon las orejas al verse paradas ellas mismas tan a mal tiempo y peor sazón, es decir, en la orilla del precipicio, y sin acertar (los jinetes) a articular palabra, parecía como que preguntábamos por señas a nuestro interpelante, pues sólo se escapó a uno de nosotros esta elocuente exclamación:

—En efecto!!!...

—Por esta cima, continuó el interlocutor, descendió no há mucho tiempo con fragoso estrépito una amiga mía, y suya; una muchacha a quien veremos antes de una hora, y de cuya boca tendrán ustedes el placer, o más bien la pena, de oír esta horripilante relación.

Suplicamos a nuestro amigo, más con ademanes que con palabras, nos refiriese aquella desventurada aventura que tanto interés nos ofrecía ya, y él, satisfaciendo a nuestro anhelo, nos sacó de la curiosidad, diciendo:

—Poco más de dos años hará que algunas familias de Suaita y el Socorro proyectaron un paseo a cierto sitio pintoresco, para llegar al cual es preciso pasar por este *volador*. Una de las señoritas, que montaba un hermoso caballo, se había adelantado algún tanto, y al llegar a este punto detuvo el paso. El primero de los hombres que llegó aquí notó que las cinchas iban en extremo flojas, y advirtiéndolo a nuestra amiga, acto continuo se desmontó. Ella, o no quiso o no creyó necesario hacer lo mismo, y permaneció montada. El encargado de la operación tuvo la inadvertencia de zafar las cinchas de las hebillas para arreglarlas después; pero el caballo, que era algo más brioso de lo que convenía a una señora, comenzó a retroceder. El caballero, viendo el peligro, echó mano de la brida para sujetarlo, pero en vano.... el caballo recalcitó hasta el punto de no poderlo contener, y, faltándole la tierra, se hundió en el abismo con su joven conductoral....

Un grito simultáneo que lanzamos mi compañero y yo interrumpió la relación; pero nuestro amigo volvió a anudarla de esta manera:

—La Providencia, que antes, ahora y siempre ha manifestado su poder con milagros que la despreocupación llama casualidades o caprichos de la suerte —como si eso que llaman suerte pudiese tener caprichos y asemejarse a un niño o a una mujer antojadiza—, la Providencia, digo, quiso en esta vez salvar de una muerte desastrosa a la inocente y virtuosa joven. Y digo milagro porque tal se llama todo lo que sale de las leyes de la naturaleza, y en cuanto a este suceso, puede asegurarse que en un millón de casos no acontece otra vez lo que aconteció entonces.

¡Quién lo creyera! La misma inadvertencia de aquel hombre que dejó el bruto libre de las ligaduras de las cinchas fue la que salvó a nuestra heroína: el caballo descendió con más velocidad que ella, tal vez por su mayor peso, y la montura con la joven se detuvieron a alguna profundidad, acomodándose perfectamente sobre unas ramas o palos que se proyectaban horizontal-

mente.... y allí permanecieron hasta que la comitiva, puesta en angustioso movimiento, logró sacarlos con no poca fatiga y dificultad, operación en la cual, y con el auxilio de peones y cuerdas, se empleó más de medio día.

Si nuestro amable baquiano no fuera un mozo tan formal y verídico, poco amigo de bromas y patrañas, no habríamos creído ni la tercera parte de este relato, o por lo menos lo habríamos tenido por muy exagerado; pero él nos remitió *a la interesada* y a toda su familia, y, conforme nos lo había anunciado, aquella misma noche oímos de su boca tan triste narración. Ella nos la confirmó en todos sus pormenores, añadiendo con sencilla ingenuidad estas palabras:

—En el momento supremo de mi descenso, en que vi abierta para mí la eternidad, invoqué con toda el alma y con todo el corazón el poder y la misericordia del Señor, y la protección de la Santa Virgen, y desde aquel instante no volví a saber más de mí hasta que recobré el sentido en brazos de los míos. Tan convencida estoy del milagro portentoso que en mí se obró, y tan agradecida a la bondad divina, que todos los años, en el día de aquel aniversario, hago una fiesta solemne en obsequio de la Virgen y en acción de gracias por su visible protección; y voy al templo a llorar postrada ante su altar, recordando este horrible y memorable suceso con toda mi familia.

Si el lector cree que este es un cuento forjado para llenar un par de columnas de periódico, y duda de la verdad histórica del hecho que queda referido, sepa que aún vive la protagonista del drama, y que es hermana de dos estimabilísimos caballeros, naturales del Socorro, uno de los cuales falleció hace poco tiempo.

Dispénsese me si en apuntamientos de la naturaleza de los presentes omito citar nombres propios, que respeto y aprecio en alto grado.

## II

¶ La relación de esta espantosa catástrofe me trajo un recuerdo de la infancia que nunca se borrará de mi memoria, y es el de una señora anciana que miraba ansiosa la estupenda cascada de Tequendama, parada sobre el borde del abismo, y, habiendo pisado la húmeda yer-

ba, resbalaron sus pies por ella, y bajó muy dulcemente un buen espacio, deteniéndola en su funesto camino una bienhadada aunque débil cerca de palos, en donde quedó montada y meciéndose en el aire a la manera de aquel Claudio Frollo, o del enano Habibrah que nos pinta Víctor Hugo. Trabajo costó retirarla de allí, y la pobre señora estuvo en vilo de perder el juicio. Aún viven algunas de las personas que presenciaron este caso.

Cuando tocan a referir cuentos e historias, cada cual se apresura a poner su contingente. ¡Y cuánto placer no causa ver la atención que prestan los oyentes, que en tales casos suelen quedarse alhelados, como los niños cuando alguna criada decidora los entretiene por la noche con relaciones fantásticas y extravagantes! Ello es que cada uno de nosotros echó su cuarto a espadas, y narró, con más o menos elocuencia y con más o menos pormenores, alguna aventura estupenda que hacía *crispar* los nervios al escaso auditorio.

Referíase de dos sujetos que se encontraron de noche en un angosto puente, sin barandas, y que temblaba con el peso de las mulas y jinetes, y ni unas ni otros podían seguir ni volver atrás, cuando llegamos real y verdaderamente a un puente angosto, echado sobre un magnífico río cuyo atronante ruido nos impidió continuar oyendo el desenlace de aquel medroso encuentro; y así hubimos de dejar a nuestros viajeros sobre su puente para pasar nosotros el que teníamos delante. Yo no pude menos de detenerme en la mitad de él para contemplar aquel raudal inmenso de agua que baja de la montaña por un plano muy inclinado, y que se estrella contra mil enormes piedras con un fragor que espanta.

Paso por alto otras innumerables bellezas que el atento viajero observa en aquellos alrededores, como las grandes lajas cubiertas de impresiones fósiles e incrustaciones de conchas marinas, elocuentes libros que la mano de la naturaleza ha escrito allí con caracteres misteriosos para que el hombre medite e investigue sus secretos. Lo que importa por ahora es llegar al término de nuestro viaje e iluminar los puntos principales del cuadro de esta excursión, medio romántica por los incidentes que en ella ocurrieron.

Llegamos a Suaita bien entrada ya la noche, y merced a la culta y noble hospitalidad de la familia principal que allí reside, con la cual nos ligaban buenas relaciones de amistad, descansamos de las fatigas de la penosa jornada, gozando de todas las comodidades que habríamos podido tener en nuestra propia casa. ¡Qué hermoso contraste presenta con la pobreza del pueblo aquella familia respetable, en cuyo hogar se ve reunido el refinamiento de la civilización moderna con la sencillez y candor de los tiempos patriarcales!

Pintar el delicioso clima de este pueblecillo, su aire puro, embalsamado y diáfano, sus vegas cubiertas de blanco algodón, semejante a la nieve del invierno que arropa los campos en las zonas templadas; citar los depósitos de nitro que demoran en las montañas vecinas, en donde los antiguos habitantes indígenas hacían sus sepulturas, sin duda para que se conservasen intactos los cadáveres, como en efecto se han hallado muchos; hablar de todo esto sería entrar en pormenores, si no escasos de interés, por lo menos demasiado difusos para unos meros *apuntes de ranchería*.

Tres días después dejamos a Suaita; pasamos por el pueblo de Guadalupe, famoso por las terribles tempestades que allí se descargan con frecuencia, celebridad en que no tiene más rivales que Mogotes, en la misma provincia, Popayán y La Cimitarra, en el Magdalena. Cuando uno va pisando aquella tierra clásica de los truenos, siente con indefinible gozo y bienestar la suave influencia del fluido eléctrico que se respira y circula por todas las venas; pero cuando alza la vista y mira esas rocas siniestras de color negro y reluciente, a la manera de los aerolitos, gigantes que se levantan formidables y parecen amenazar con sus salientes brazos a los transeúntes; cuando a los pies de los caballos se divisan esos largos y profundos subterráneos formados por algún cataclismo, dentro de los cuales se oyen las pisadas de las bestias con fatídica resonancia, y que probablemente fueron en un tiempo guaridas de las fieras; entonces, sobrecogido uno de secreto temor, aplica la espuela a las ijadas y se apresura a salir de aquella región que parece encantada.

Antes de llegar al Socorro retrocedamos un poco. En el trayecto de las tres primeras jornadas desde Bogotá, tocamos en cierta posesión de campo donde ha-

bitaba una señora amiga nuéstra con una hija suya, bella y gentil muchacha de veinte años, un joven mayor que ella y un niño de diez a doce: familia interesante por su amabilidad, finura y trato franco y campechano. Apartábase mucho la casa del camino, y su situación era la más pintoresca que puede imaginarse: con hermosas vistas hacia el Occidente, rodeábanla montecillos y sotos encantadores, por donde había hecho su cauce un arroyo de abundantes y claras aguas. Las huertas y jardines llenos de árboles bellísimos, las vegas donde pacían las pintadas vacas, el clima benigno y delicioso, todo hacía de esta hacienda —de cuyo nombre quiero no acordarme por ahora— un pequeño paraíso, o como diría un poeta, un Edén en miniatura.

Los amables ruegos de nuestros huéspedes, unidos a cierta indisposición de mi compañero de viaje, que se había agravado con la fatiga de la jornada anterior, nos obligaron a detenernos allí algunos días, con gran placer y contentamiento mío, y aproveché aquel respiro para bañarme, pasear a pie y buscar la abundante caza en la montaña vecina, haciendo uso de una excelente escopeta que tenía el joven dueño de casa, a la sazón ausente. En mis largas excursiones llevaba por compañeros infalibles a Jorge, que así se llamaba el niño, y a *Mochoroco*, perro fiel y de admirables instintos, que hizo estrecha amistad conmigo desde que supe que yo era aficionado a la cacería y que me proponía salir diariamente con la escopeta.

Quiero decir dos palabras acerca de Jorge, porque su carácter ardiente y entusiasta, su imaginación viva y clara inteligencia, merecen una mención *honorable*. Era el chico afecto a leer toda clase de libros y ya había agotado la pequeña biblioteca de su hermano mayor, compuesta en gran parte de obras truncas; había leído dos o tres tomos del *Parnaso Español*, uno del *Teatro* de Feijoo, algunos del abate Pluche, la *Galatea*, y otras novelas antiguas. Pero lo que llamaba más su atención era la mitología, de que tenía un compendio que casi sabía de memoria. A propósito de mitología referiré un lance chistoso. Siendo todavía niño, vino un día corriendo a su madre y hermana, y les dijo con rostro animado: «Mamá, ya he visto a las náyades; las he visto. ¡Oh, qué hermosas son! Al fin he descubierto el

pozo en que se esconden. Si vieras, decía a la hermana, son unas muchachas como tú, blancas, de abundante pelo, gordas y graciosas, y nadan que es un primor; si tú las vieras!» Averiguado el caso, resultó que una familia que por allí viajaba, al atravesar la provocativa fuente que recorría aquellos campos, quiso bañarse a la hora de la calurosa siesta, y desviando algún tanto del camino, las mujeres de la comitiva, despojadas de sus vestidos, se metieron en el agua, donde retozaban y nadaban muy a su sabor, persuadidas de que en aquellas soledades ningún alma viviente podría verlas. A esta sazón llegó el rapazuelo, que vagaba por las márgenes cogiendo mariposas, y se quedó sorprendido con aquella mágica aparición, de que sólo tenía idea en sus libros de mitología y en las poesías que había leído. Por desgracia, o por fortuna, las náyades, que oyeron ruido en la maleza y descubrieron una parte de los vestidos de Jorge, corrieron desatentadas, unas a esconderse entre los árboles, otras a sumergirse en lo más profundo de las ondas, o a ocultarse entre las piedras, y la visión desapareció, con no poca consternación del inocente niño, que, no pudiendo atravesar el raudal, no pudo tampoco averiguar el paradero de sus ninfas.

Volviendo a lo principal de nuestro cuento, que no es cuento, la casa de nuestras amigas parecía estar de fiesta en esos días, y todo en ella revelaba una felicidad presente o próxima, que se traducía en los semblantes alegres y risueños, en la conversación animada y en cierto movimiento y trabajo asiduo de costuras y otras haciendas. Víanse aquí y allí piezas de telas blancas de lino, ya enteras, ya cortadas, y en tren de transformarse en ropa interior; cortes de trajes de diferentes clases esparcidos sobre los sofás, y otras cosas por el estilo. Nuestros presentimientos no nos engañaron. La señora, a fuer de antigua y buena amiga, hubo de hacernos francamente una revelación que la llenaba de gozo: la niña se casaba muy pronto.... Para ahorrarnos indiscretas preguntas, se anticipó a decirnos que creía establecerla muy bien, pues el futuro era un joven de buena presencia, hijo del dueño de una hacienda vecina, de excelente carácter, honrado y laborioso, que contaba con un regular capital y tenía bien establecidos sus negocios. Esta pintura, hecha



en pocas pinceladas maestras, era seductora, y no pudimos menos de felicitar cordialmente a la madre y a la hija, y desear a ésta toda la dicha a que era acreedora. Tal revelación, que era *un parte* en toda forma, estrechó más, si era posible, nuestra intimidad, y los días restantes de nuestra mansión en esta feliz morada se pasaron dulce y alegremente.

Despedímonos al fin, no sin pena, para seguir nuestro derrotero, y en una mañana apacible montamos en nuestras mulas, después de haber acomodado en los cojinetes una buena provisión de frutas, dulces y bizcochos con que nos obsequiaron nuestras anfitrionas. Acompañáronnos un buen trecho nuestros dos amables compañeros Jorge y *Mochoroco*, y cuando nos dejaron fuera de los términos de la hacienda, regresaron con sincero pesar por nuestra separación, especialmente este último, que insistía en seguir con nosotros, sin sospechar que no habíamos de volver.

### III

Nada notable ocurrió en nuestra peregrinación. Visitamos varias poblaciones de la provincia del Socorro, vimos el proyectado camino al Magdalena, que será el vehículo de la gran prosperidad a que está llamada aquella parte de la república; llegamos hasta la interesante ciudad de San Gil, una de las más notables por su belleza, extremado aseo, pintoresca situación, y sobre todo, por la cultura de sus habitantes, por su escogida sociedad, que ha alcanzado un grado muy alto de civilización, y por haber producido ciudadanos de gran mérito. Pasamos a la deliciosa y poética provincia de Soto, y finalmente.... Pero ¿para qué detenerme en la relación de un paseo casi hasta la frontera, cuando no me he propuesto escribir un viaje, sino apuntar únicamente los más notables incidentes de él?

Poco más de dos meses gastamos en nuestra expedición, parte de placer y parte de negocios, y habiéndose visto obligado mi compañero a permanecer algún tiempo en una población, donde lo llamaba cierto asunto, regresé yo solo por la misma ruta que habíamos llevado. Ya se figurará el lector —si es que nos ha acompañado hasta aquí— que al volver a *mi tierra*, como se dice por acá, no quise ni debí pasar de largo,

sin tocar en la casa de nuestras conocidas. Con el corazón palpitante y rebosando de gozo, llegué a aquella parte del camino desde donde se alcanza a ver en lontananza, y como en un panorama, la hermosa casa en que pocos días antes había pasado momentos tan agradables. Todo fue divisar aquellas colinas que me eran familiares, aquellos bosquecillos a cuya sombra había escrito algunos versos y apuntamientos, piqué las espuelas a la mula, y ésta, como si supiera a dónde nos dirigiáramos, apresuró el paso. No sé si el lector habrá observado cuán grata es la sensación que produce el ruido ya cercano de un arroyo a cuyas márgenes hemos sido dichosos o hemos gozado siquiera algunos momentos de placer puro. Esa voz que ya conocemos y que parece venir en alas de las auras a saludarnos, esa corriente que creemos apresura el paso para encontrarnos, hacen estremecer de alegría. Tal me sucedió cuando percibí a lo lejos los ecos de la fuente que yo llamaba de las náyades desde la aventura de Jorge.

Toqué, en fin, a las puertas exteriores, que estaban abiertas, atravesé las cercas y parte de los jardines, pasé por debajo de los coposos árboles de la avenida que, sacudidos por el viento, me echaron algunas hojas y flores secas, llegué al patio principal, llamé en alta voz; nadie me respondió.... Volví a llamar, y no tuve más contestación que el graznido de unos gansos que se solazaban en la orilla de un estanque. Me desmonto, recorro una parte de la casa y por todo interlocutor encuentro a *Mochoroco*, que a mis voces sale presuroso, ladrando amenazante; pero al reconocerme me acaricia moviendo la cola, y con sus aullidos parece decirme alguna cosa. Sale, al fin, del interior una mujer a quien no conozco y a quien interrogo ansioso.

—No hay nadie en la casa, me dice.

—¿En dónde están las señoras?

—La señora se ha ido, y quizá para no volver.

—¿Y la señorita?

No me responde la interlocutora, pero antes de tres segundos caen de sus ojos gruesas lágrimas, que enjuga con su pañuelo de algodón puesto al pecho.

—¡Acabe usted, por Dios! ¿Qué ha sucedido?

— Hace quince días que murió la señorita.

— ¡Es posible! ¡No!... Tú me engañas, mujer.

— No, mi amo, es cierto. Mi marido, que ha quedado encargado de cuidar la hacienda, se lo dirá a su merced.

Hice llamar al marido que se hallaba poco distante, y entre tanto, agobiado por el dolor, por la sorpresa y por la incertidumbre, clavé los codos e incliné la frente sobre la baranda del corredor, como fuera de mí y sin poder coordinar mis ideas.

Hé aquí la relación que me hizo este hombre, a quien rogué me dijese todos los pormenores de la desgracia:

— Tres semanas hará que la señorita comenzó a sentir los accidentes de una enfermedad que se agravó hasta hacerla perder el conocimiento. Yo me hallaba entonces aquí, y me daba lástima verla delirando con la calentura. Se le prodigaron toda clase de cuidados y remedios, mientras se hizo venir un médico de Bogotá, a quien yo mismo fui a llamar. Todo fue inútil, porque el mal la consumió en ocho días, y cuando el señor su hermano llegó, apenas tuvo tiempo para darle el último adiós. La familia, después de un golpe tan terrible, no ha querido permanecer aquí, y se han ido todos, dejando a mi cuidado esta posesión, que probablemente venderán.

— Conque fue una fiebre... ¡tal vez el tifo!...

— Así lo dijo el médico, señor.

Me informé hasta de los más insignificantes pormenores de este suceso inesperado, y tanto más lamentable cuanto más sonreía la dicha a esta digna familia, y más próximo estaba el día en que Rosa había de coronar las sienes con los azahares de Himeneo. Todo me interesaba como cosa mía: las circunstancias de la enfermedad, de la muerte e inhumación de mi bella y desgraciada amiga, y juzgaba del dolor de su futuro esposo, por el mío propio.

Durante esta relación, que el pobre *Mochoroco* oía atentamente, como si entendiese lo que se decía, una lágrima corría involuntariamente de mis ojos. No queriendo permanecer en estos lugares, poco antes alegres y animados, hoy tristes y desiertos, monté de nuevo, y con el corazón oprimido me despedí de aquellas

buenas gentes, mientras el inteligente y sensible animal volvía a acostarse cabizbajo en la puerta del aposento donde había muerto su ama.

Un cuarto de hora después decía mi último adiós a aquella casa, desde una colina donde tuerce y se oculta el camino entre los árboles, y con los ojos nublados todavía, envié por los aires a mi amiga un profundo suspiro.